

El amor de Azucena.

Por Rudy Chaim.

La cantina era el único edificio de ladrillos que había en el pueblo. El ruido nos obligaba a medio gritar. La marimba, el zapateo, la risa y los insultos. Nadie se interesaba por nuestra conversación. Al comienzo hablamos del tesoro, porque para eso es que vine.

-Ya tiene dueño y no te lo va a querer dar.

Pero no quiso seguir con eso. Escupió al suelo con desdén, el perro que estaba ahí tendido saltó asustado y se arrancó.

Según doña Rebeca la sirena es hija de patrón, razón para que tenga los ojos verdes. Me contó que se apareció por primera vez sobre la roca que estaba en medio de la ría, hace ya como ochenta años. Antes cantaba, nadie sabe porque lo dejó de hacer. Los carboneros a veces la ven vagar por los montes del interior en pleno día. También me dijo que ya no quiere estar sola.

En Ciénaga Verde el viento siempre sopla desde el interior, por eso es que todos los recuerdos los guarda el mar, pero los cholos ya no saben como hablar con el. Doña Rebeca es la única que todavía se empecina en saber porque el pasado ya no tiene nada que decir. Ella aprendió a conversar con el mar porque de niña era tartamuda, fue durante la epidemia de metamorfosis, cuando los indios se hicieron cholos.

En la cantina nos quedamos solo los dos y el perro, que ya había vuelto confiando en nuestra tranquilidad etílica. La vieja no paraba de hablar, se acordó que unos diez años antes de acabar el siglo pasado y poco después de haber sido apaciguado el último caudillo de los cimarrones yorubas, ejecutaron a Azucena. La encontraron encamada con su medio hermano. Pero el drama había empezado antes, en plena campaña, cuando los hacendados temiendo las alianzas entre campaces y cimarrones, perseguían y eliminaban a todo indio que encontraran remontado.

El jolgorio estaba en su apogeo, había marimba, huasá y cununos, unos bailaban, otros bebían fermento de chonta y aguardiente de caña. Los novios, hostigados y cansados estaban arrinconados e invisibles en donde nadie pudiera notar su fastidio, eran los los únicos que no querían estar allí.

Nadie oyó el galope de la desgracia. Solo los perros se dieron cuenta que la fatalidad les caía, pero los ladridos no llamaron la atención. Una centella blanca y barbuda arremetió contra la novia y se la llevó. La música calló, el baile cesó y el trago sin cuenco que lo reciba se regó. Los ladridos se desvanecieron por los montes y el llanto del novio fue lo único que acompañó a la noche en su inevitable devenir. En

cambio ella, ni lloró ni se quejó, solo cerró los ojos y apretó los puños mientras el patrón consumaba su atribuido derecho de pernada.

Con las lluvias llegó Azucena, exuberante y con los ojos abiertos. Solo su madre la vio nacer y solo ella vio como sus ojos cambiaban de color cuando vieron la primera luz. Fueron negros al momento de nacer, como los de cualquier campás*, pero ella era hija de patrón, aunque su verdadero padre haya sido el indio que la crió. Creció y se enamoró de quien no tenía que ser. Murió sin saber porqué y hasta el día de hoy va pensando por ahí, a ver si alguien se lo dice.

A pocos metros de mi choza, en medio del antiguo estuario esta la famosa roca. Años atrás el río no hacía esa curva tan pronunciada, por algún capricho que ya no le importa a nadie viró hacia el norte y fue a desembocar tres kilómetros mas allá, dejándola con toda su nostalgia secarse en medio de la arena.

Pasé la noche deseando que por fin saliera el sol. No me contuve y salí. Era la hora del frío, poco antes del amanecer. Frente a mí; la roca, omnipresente, tan sólida y resignada, más que piedra parecía historia.

Hablando en lengua campás me llamó.

- Mi padre no te lo quiere dar.

Al sentir el toque vegetal de esos ojos supe porque no había podido dormir. Dos pasos la separaban de mí, pero parecía suspendida en una distancia que no pude palpar.

- Mi padre no te lo quiere dar, pero lo haría si me haces feliz.

Se acercó y me acarició la cara, luego retrocedió turbada, dos lágrimas le brillaron. Me quedé parado viéndola alejarse en dirección al mar. El sol al fin llegó y yo sentí ganas de descansar, no quise volver a la choza, así es me senté en la arena mientras el tiempo se borraba junto a mí.

-Porque será que ya no me vienen a ver. -Me viré asustado y ahí estaba parada, unos metros más allá.

- No será que te temen. -Lo dije sin pensar.

- ¿Pero porqué? si yo solo les quiero pedir perdón.

Me tomó la mano con tal ingenuidad que no me pude resistir y sin presión me hizo caminar. Nos internamos monte adentro, no paramos hasta llegar a un claro. El hombre que estaba sentado apoyándose en el árbol hizo señas con la mano para que me acercara. Era un indio, ni muy joven ni muy viejo, de buen tórax y sonrisa de cómplice. Su voz me llegó de todas partes.

- En otra época me la habrías tenido que pagar, pero te la voy a dar y con dote más encima, mira la suerte que tienes.

Ella me miraba ansiosa, desesperada por que yo acepte la propuesta. El hombre se paró y rápido desapareció, apenas alcancé a ver como se perdía por entre los arbustos. El viento trajo mas calor del interior, pero ninguna hoja se movió. Todo se hizo nada. El ritmo de su respiración se hacía con cada paso más sólido. Se acercó

espacio y al llegar a mi lado ya estaba completamente desnuda. El miedo me petrificó. Miró sin comprender, me rozó y siguió de largo.

- ¡Mi padre encontró el tesoro! –Fue lo último que le alcancé a oír.

Y se fue. Cuando me recobré estaba de nuevo solo. Meditaba lo ocurrido sentado bajo en el mismo ceibo. La noche se me vino encima sin que yo entienda porque todavía seguía allí.

Al día siguiente comprendí la situación en toda su magnitud. El pueblo estaba completamente alborotado, nadie había ido a trabajar, todos corrían al río. Cuando llegué a la orilla vi como su caudal bajaba a una velocidad increíble, y además esa pestilencia que parecía salir de todas partes; de los árboles, de las piedras, de las algas que el río descubría al replegarse, de las nubes que se podían alcanzar con la mano y del aliento que -según supe después- esta gente contuvo por mucho tiempo, solo para exhalarlo en la época de la aparición.

El río se secó por completo y mostró su lecho lodoso y humeante. Al poco rato todos los del pueblo dejaron los pilotes del único puente que había, limpios de ostiones, mejillones, lapas y demás bivalvos que allí suelen vivir.

- Es lo poco que nos queda para comer.

No se ni porque pregunté. Volvieron a sus casas con los baldes y canastos llenos de conchas y ahí se quedaron, encerrados, oscuros y trancados, engañando a los ostiones con aguardiente, rememorando la ejecución y echándose -con miradas de zorro- unos a otros la culpa.

Por la tarde yo descansaba en mi choza cuando apareció doña Rebeca, venía con el curandero del pueblo.

- Te queremos pedir un favor, forastero blanco. –Me dijo con acento campés, mientras me tendía la botella ya destapada.

Brindé a su salud y tomé un trago. -Usted dirá.

- Llévate a la sirena de aquí, por lo que mas quieras, sabemos que está enamorada de ti.

¿Como podía decirlo con tanta seguridad, si solo yo sabía que eso era posible?

- Ya no podemos sufrir más su castigo, ayúdanos por favor. -Doña Rebeca no hizo nada para disimular lo eufórica que estaba por alcohol.

- Mira como se secó el río, se nos llevó la comida y quien sabe que nos hará la próxima vez. –Terminó diciendo el curandero mezclando el castellano con el campés

- Yo creo que se lo merecen.

Me miraron atónitos, felices, era justo lo que esperaban, una actitud de indulgencia para con ella. Pero, no contaban con mi temor.

- ¿Entonces, lo vas a pensar? -Doña Rebeca suplicó- A nosotros ella nunca nos perdonará.

El curandero estaba por llorar, se calmó con un trago largo, sin respirar. Luego se fueron. Yo no me moví de ahí hasta que la noche liquidó mi indecisión. Entré en la habitación y comencé a empacar. Estaba triste. Presentía que iba a dejar en ese pueblo lo que siempre quise tener.